

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE PERSONA EN JUAN PABLO II

Para Juan Pablo II, en línea con la tradición filosófica aristotélico-tomista, la fundamental afirmación antropológica es *la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana* (Discurso inaugural, en Puebla, de la Tercera Conferencia de Obispos de Hispanoamérica, 28-I-1979).

Que el hombre no es *un elemento anónimo de la ciudad humana* es una tesis que entra en inevitable confrontación con los principios del hegelianismo y del marxismo. Hoy en día, cuando muchos regímenes políticos inspirados por esas ideologías han caído hechos añicos (y el derrumbamiento de los que aún permanecen parece ser cuestión de poco tiempo), la afirmación de Juan Pablo II resulta, incluso, un lugar común. Pero en 1979, muchos cristianos para el socialismo se sintieron incluso “escandalizados” por esa afirmación “tan radical”. Y es que la antropología del actual Pontífice —tan clásica en sus aspectos esenciales— se ha “adelantado” a los tiempos, porque la verdad no admite las apreturas de la cronología. Actualmente esa antropología sigue siendo profética cuando enjuicia duramente al capitalismo liberal...

### *El hombre como imagen*

El hombre, afirma Juan Pablo II, *como imagen de Dios, es una persona, es decir, un ser subjetivo, capaz de actuar de una manera programada y racional, capaz de decidir sobre sí mismo, y que tiende a realizarse* (*Laborem exercens*, n. 6). El hombre es “valioso” porque tiene inteligencia y voluntad y, por tanto, es capaz de amar y conocer a Dios. Pero —y es el modo correcto en mi opinión de entender esta afirmación—, su valor procede *radicalmente* de su *ser imagen*, no de la “actualización” de sus capacidades espirituales. Tan valioso es un minusválido psíquico como Einstein: cada uno es reflejo —de muy diversa manera— de un mismo Dios.

La racionalidad, junto con la voluntad libre, “hace grande” a la persona. Nosotros somos imagen de Dios a causa, principalmente,

de nuestra racionalidad y de nuestra voluntad libre (aunque en un momento determinado de la existencia o durante toda ella no estén actualizadas esas capacidades). Por su parte, el cuerpo en el que se *alojan* la inteligencia la voluntad tiene —en cuanto contenedor de tanta grandeza— una dignidad grande, que ha dado lugar a la denominada “teología del cuerpo”. Esa cuestión, sin embargo, sale ahora del objetivo de este breve análisis.

El hombre actúa racionalmente y siempre lo hace por un fin: la total anarquía en el actuar o el completo desprecio de las formas no existe más que en el deseo de algunos ingenuos inconformistas. Es más, muchas veces, quienes se consideran más inconformistas son aquellos que aceptan con mayor pasividad las costumbres fáciles a las que inducen las pasiones humanas sin control. El inconformismo respecto a *lo que viene de fuera* se convierte casi siempre en rendida obediencia a la propia debilidad, a la personal carencia de esfuerzo.

Para actuar bien, insiste el Papa, el hombre debe pensar bien, porque —como dice el famoso refrán— *quien no vive como piensa, acaba pensando como vive*. Y eso no es más que una consecuencia de la mutua interconexión entre la voluntad y el intelecto del hombre. No puede darse radical dicotomía entre mente y voluntad más que por un corto período de tiempo: la estructura de la persona no aguanta mucho en una situación de tensión de ese tipo. Por eso, el hombre resuelve esa cuestión pronto: muchas veces, desafortunadamente, con escaso talento, ya que cae en lo más fácil, es decir, en la justificación de sus acciones torpes.

En su actuar libre, el hombre refleja —a decir de Juan Pablo II— parte de la grandeza y de la omnipotencia divina. El hombre, al dominar el mundo no hace sino cumplir lo que Dios mismo le pidió en el Génesis. Se hace co-creador con Dios mismo, co-dominador del resto de las criaturas.

### *Ser y deber ser*

Al obrar, el hombre tiende a *llegar a ser lo que es* (a lo que *debe ser*) o —si se deja arrastrar por las propias debilidades— *a lo que no es* o, mejor dicho *a lo que no debería ser*. La grandeza del hombre está en llegar, libremente, a ser —en cada momento de su carrera humana— lo que Dios esperaba de él desde toda la eternidad. Cuando el hombre o la mujer rehuyen esos planes, se empeñan en un *no-ser*, que conduce a la tristeza y a la amargura. Por eso, Juan Pablo II insiste en que junto con la vida, el hombre ha recibido una llamada a la que debe responder para “llegar” realmente a *ser*.

Ese juego “dialéctico” entre el llegar a ser lo que Dios espera de cada uno y la personal resistencia para superar los obstáculos que se interponen entre la situación actual y ese modelo, *teje* —según la doctrina de Juan Pablo II— el caminar histórico del hombre. La persona es una *criatura-siempre-en-camino*. El hombre, en esa senda —en la historia—, se salva o se pierde. Y colabora a la salvación o a la condenación de los demás hombres, sus coetáneos. En su libre actuar, el hombre va *haciéndose o deshaciéndose*.

Ciertamente, como afirmaba San Juan Crisóstomo, Adán se perdió en el Paraíso y Lot se salvó en Sodoma. Pero, si bien es cierto que en el Edén no tenemos posibilidad de “contrastar” el comportamiento de Adán, sí que la tenemos en Sodoma: allí, la inmensa mayoría invirtió los usos naturales y fallecieron durante el castigo al que el Cielo condenó a aquella colectividad perversa. El entorno en el que se desarrolla la vida de cada persona es radicalmente importante. De ahí la insistencia de Juan Pablo II en el rechazo de las *estructuras de pecado*, por desgracia tan extendidas en los países de esa Europa Occidental que, como he tenido ocasión de comprobar directamente, sirve de paradigma —triste paradigma— a esas naciones que ahora comienzan a disfrutar de la democracia, una vez sacudido el yugo del comunismo.

El Papa detalla aún más: la salvación o la condenación la vamos haciendo en nosotros día a día. Jornada a jornada “labramos” nuestra eternidad, y podemos colaborar con nuestro esfuerzo, al “labrado” de la eternidad ajena.

### *Conquistar la eternidad: ser y tener*

El hombre conquista o *spreca* —tira a la basura— su eternidad. Así lo decía en el declinar de su existencia aquel gran político-literato-filósofo-periodista, Ignazio Silone: *¿Qué tristeza entender algunas cosas cuando comienzan a aparecer en la cabeza los primeros cabellos grises, darse cuenta de haber desperdiciado los mejores años y energías!* Y, aunque laico —en sentido italiano, es decir: anticatólico—, escribió con gran lucidez intelectual: *La Iglesia debe permanecer firme en sus propias convicciones, de otro modo bajará también ella al campo de la duda, y allí nos encontrará a todos nosotros, viejos laicos. Pero qué encuentro más triste sería...* (Sobre este tema: mi artículo *Vivir sin traicionar*, en “Nuestro Tiempo”, noviembre de 1988).

El hombre, para Juan Pablo II, frente a lo que afirman los marxistas —y otros filósofos: Nietzsche, Schopenhauer, Sartre, etc.—, logra

*ser más*, en la medida en que se acerca a Dios, no en la medida en que se aleja de El. Es precisamente su conciencia de criatura, en todo dependiente del Creador, lo que le hace más grande, más capaz. Paradójicamente, es en su *aparente miseria* de ser criatura donde se encuentra su *real e inmensa grandeza*.

El *tener* —fundamental sin duda en muchos sentidos para poder *ser*— está, sin embargo, condicionado al *ser*. Sólo “siendo más” se está en condiciones de poder —correctamente— “tener más”. Y, a la vez, ese tener más hace “ser más” en la medida en que el “tener” se sitúa al servicio del hombre, es decir, le hace capaz de <ser> más *plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza a su humanidad* (Discurso en la Unesco, París, 2-VI-1980).

Pero, hablando en sentido estricto y radical, “ser más” lleva habitualmente de la mano a “tener menos”. Y esto por muchos motivos. Uno —y no el menos importante—, porque al “ser más” el hombre se siente más obligado a la solidaridad, es decir, se anima a “participar” sus bienes con los otros.

Por otra parte —como he comentado en otro lugar de manera más amplia (*Il valore della povertà*, ed. Ares, Milán, 1990)—, los bienes son algo necesario para el hombre y especialmente —si puede hablarse así— para el cristiano. En este sentido, es preciso un cierto cambio en parte de la teología tradicional, que ha insistido demasiado en la importancia de estar desprendido, olvidando que tan imprescindible es el desasimiento como el poseer: sin “bienes” es muy difícil practicar la virtud. Y si se denominan “bienes” es porque tienen carácter de bien...

Juan Pablo II afirma que cuando el hombre se esfuerza por “ser más”, va divinizándose. Eso le hace, por decirlo con San Pablo, “poseer como no poseyendo” (I Cor. VII, 29-30). Y es que, muchas veces, *el ser más* conduce a un cierto “vaciamiento” del *aspecto espiritual* del tener (es decir, una disminución de la conciencia de ser *propietario* y un aumento del sentimiento de ser *administrador*). No así del aspecto material: puede tenerse mucho y “seguir siendo” mucho —y crecer en ese ser—, siempre que ante esos bienes que se poseen se adopte una actitud de “sano distanciamiento”.

### *Jesús, liberador*

Jesucristo aparece —ha escrito Juan Pablo II— *como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye, esta li-*

*bertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón y en su conciencia (Redemptor hominis, n. 12).*

Dios —y es ésta una afirmación de San Agustín que al Papa gusta particularmente— es *intimior intimo meo* (San Agustín, *Confesiones*, 2,6, 11). Sólo Cristo permite la plena autorrealización del hombre: El —son palabras de Juan Pablo II— *manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (Redemptor hominis, n. 8).* El hombre no cala definitivamente en la comprensión de sí mismo hasta que *conoce* realmente a Cristo, hasta que no profundiza en los planes sobrenaturales de Cristo con respecto a uno mismo.

A este respecto, pueden hacerse algunas reflexiones. La primera es que el cristiano ha de procurar serlo de verdad, y no sólo de una manera meramente intelectual, sino con todo el corazón.

En segundo término, debe evitar los juicios radicales sobre las personas cuando, por ejemplo, investidas de autoridad política, militar, etc., promulgan leyes gravemente ofensivas para la dignidad del hombre: la defensa de la planificación familiar con métodos artificiales, la promulgación de leyes permisivas respecto al aborto, el ataque más o menos encubierto a la enseñanza religiosa, a la Iglesia, etc. Muchas veces —y esto es una opinión personal— no se trata tanto de positiva mala voluntad (aunque en ocasiones sí que se dé) como de ignorancia antropológica, es decir, de desconocimiento sobre el verdadero sentido de la vida. Y no es de extrañar: desconocen a Cristo, lógico es que ignoren los aspectos más profundos de la persona...

### *Entrar en Cristo*

El hombre —proclama Juan Pablo II— *debe entrar en El (en Cristo), con todo su ser, debe "apropiarse" y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo (Redemptor Hominis, n. 10), para alcanzar la plena conciencia de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia (Redemptor Hominis, n. 13).*

Y no hay aquí *humanidades* genéricas, sino un hombre concreto, una mujer concreta: el hermano y el amigo, y también el camarero, el taxista o el minero. Habla el Papa —digámoslo con sus mismas palabras— del hombre *tal como ha sido querido por Dios, tal como El lo ha elegido eternamente, llamado, destinado a la gracia y a la gloria; tal es precisamente "cada" hombre, el hombre más concreto, el más real (Alocución, 31-V-1980).*

En la Encarnación se encuentra la clave del hombre mismo, de cada hombre (cfr. *Dominum et vivificantem*, n. 48). Podemos afirmar, por eso, que todas las respuestas a las innumerables preguntas que nos formulamos sobre el sentido de la vida, del mundo, de la humanidad, de nosotros mismos, del dolor, de la muerte, del amor, de la alegría... tienen su respuesta en ese Niño de Belén, que pasó frío recogido en un pesebre, que mira con ojos suplicantes desde su desnudez solitaria, con un amor inconmensurable que solicita cariño a los hombres. El espera para darnos respuestas. Pero, eso sí, para recibirlas es preciso preguntar, hay que acercarse, hay que contemplar, hay que “perder el tiempo” en la contemplación.

Una de las grandes luchas de hoy en día se desarrolla precisamente en este campo: multitudes de hombres y mujeres evitan —consciente o inconscientemente— la reflexión, la contemplación: no desean escuchar, en definitiva, la propia conciencia. Tiende a huirse de la soledad pero sin hacer partícipes a los demás de lo propio y se acaba en diálogos que parecen más bien monólogos entre sordos, donde no importa lo que otro cuente, porque el egoísmo ha hecho cuerpo con muchos hombres. Muchas veces el estar juntos no es más que una unión de egoísmos. Sobre esto habría mucho que decir por lo que se refiere a la vida matrimonial de tantas y de tantos: “dejan” de amarse, porque no “quieren” conocerse como son, les cuesta aceptar los defectos del otro.

Paralelamente, al unir sus cuerpos no como en un altar, sino por el egoísmo del placer —no desean frutos de su “amor”— el marido y la mujer se convierten en cómplices del pecado. Por eso insiste el Papa continuamente en esta cuestión, porque es imposible que una familia mantenida por egoístas llegue a abrirse a Cristo. ¡Qué difícil será que los hijos aprendan generosidad en un hogar así! ¡Y qué difícil la fidelidad de un matrimonio en el que, por egoísmo, cuando acaban los primeros impulsos del amor falta un motivo nuevo de contemplación —los hijos— que mantenga unido el hogar!

### *Vivir para el amor*

Se prima la dinámica de grupo... y se olvida que la Redención se aplica uno a uno, individualmente. No seremos juzgados en grupos —aunque, es evidente, que nuestra actuación será en parte juzgada a la luz de la influencia que haya tenido nuestro comportamiento en los demás—: seremos presentados individualmente al Juez supremo. Nuestra conciencia, desnuda de ataduras y excusas, tendrá que dar cuenta al Juez Supremo —Jesús, que es Amor y también Justicia—

de las obras personalmente realizadas y de aquellas otras voluntariamente omitidas.

*El Primogénito de toda la Creación, al encarnarse en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo a toda la realidad del hombre, el cual es también carne, y, en ella, a toda carne y a toda la creación (Dominum et vivificantem, n. 50).* El cristiano debe, pues, buscar a Cristo con ansia, sabiendo que es el negocio fundamental de su vida, aquél en el que se juega de verdad a una carta no sólo lo que es aquí, sino también el puesto que en el Cielo —si Dios quiere— ocupará.

La clave de Juan Pablo II para entender la persona humana es Cristo. Pero no basta, dicho así. El Santo Padre añade: *Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, llamándolo a la existencia por amor; lo ha llamado al mismo tiempo al amor... El amor es por lo tanto la vocación fundamental e innata de todo el ser humano (Dominum et vivificantem, n. 11).* El hombre no puede vivir para sí mismo, ha de hacerlo por y para los otros.

Esto que Juan Pablo II ha puesto de manera tan clarividente en el candelero es expresión de algo tan antiguo como el hombre mismo. Así lo escribió Aristóteles: *La amistad es, en efecto, una virtud, o va acompañada de virtud y, además, es lo más necesario para la vida. Sin amigos nadie querría vivir, aún cuando poseyese todos los demás bienes (Ética a Nicómaco, 122).* O también: *si para el hombre dichoso el ser es deseable por sí mismo, porque es por naturaleza bueno y agradable, y algo muy próximo es también para él el ser del amigo, el amigo será también una de las cosas deseables. Y el hombre dichoso tiene que poseer lo que es deseable o sentirá la falta de algo. Luego el hombre feliz tiene necesidad de amigos buenos (Ética a Nicómaco, 153).*

De otra manera lo dijo Erasmo: *Sin un amigo, mi vida no es vida sino muerte o, si he de denominarla vida, es una vida miserable, hecha más para un animal salvaje que para un hombre. Si me atrevo a juzgarme, debo asegurar que creo firmemente que aquí abajo nada puede ser preferido a la amistad; nada debe buscarse con más celo, sobre nada hay que velar con más atención (Erasmo, en Erasmus de León E. Halkin, p. 10-11).*

Y por mencionar un último ejemplo, podemos decir con Antonio Machado, el poeta español: *Un corazón solitario no es un corazón.*

Nada más ridículo que sentirse sólo en una reunión donde los demás hablan y se manifiestan amistad. Esa incomodidad existencial que todos hemos sentido alguna vez responde en parte a esa tendencia humana a estar con los otros, a compartir con ellos la propia existencia, los propios ideales e ilusiones, la propia capacidad de amar...

Nadie puede hacer fiesta aisladamente: no tendría sentido. No se auto-convoca un guateque para una persona, no se celebra nada "en solitario": eso más que una fiesta es un "pseudos". Se celebra con los amigos, desea trasmitirse lo que se lleva dentro.

Algo similar sucede con el dolor: se sufre menos cuando se sufre compartidamente, cuando se cuenta con el apoyo *íntimo* de alguien que nos entiende, que condivide —porque *comprende*— el personal sufrimiento físico o moral.

### *Perdonar y ser perdonado*

Frente a las ridículas "confraternizaciones" de algunos, el Santo Padre estimula a introducir *el momento del perdón (...) condición esencial de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres (Dives in Misericordia, n. 14)*. Cualquier reconciliación verdadera entre los hombres o entre los pueblos y naciones debe pasar necesariamente a través de Cristo. Si no es así, se tratará más de una paz ficticia hecha de intereses o de miedos, no de verdadero amor. *La verdadera paz (...) implica la superación de las causas de la guerra y la auténtica reconciliación entre los pueblos (Centesimus Annus, n. 18)*. Es éste, por lo demás, uno de los rasgos definitorios del cristianismo: frente a religiones que proponen a sus seguidores el odio, la venganza o el rencor, los católicos se ven estimulados al perdón, porque Dios mismo perdonó el pecado original y perdona cada vez que, contrito, el católico se arrodilla ante Cristo juez-médico-sacerdote que juzga-cura-intercede.

La sociedad de consumo, las prisas, la vida urbana parecen ir, en cierto modo, contra una antropología cristiana. La amistad, la contemplación, la oración, exigen un cierto distanciamiento de lo inmediato. Solicitan también silencio. No puede calarse en la amistad en una taberna donde apenas puede oírse lo que nos dicen. No puede haber contemplación con el minuterero en la mano: el amor es intemporal y clama por hacerse eterno, también, en cierto modo, en el "tiempo que se le dedica". No se contabiliza el tiempo que un enamorado está con su novia y no debería contabilizarse el que un católico está con su Dios.

Nos descubrimos realmente en Cristo. Pero ese descubrirse en Cristo tiene un matiz importante. Es un descubrirse en la negación. Impulsado por las pasiones desatadas —tras el pecado original y las personales ofensas al Creador—, el hombre tiende a afirmarse de uno



u otro modo: quién en el deporte, quién en el estudio, quién por su carácter... Y lo que pide Cristo a sus seguidores es que le imiten y, para ello, es necesaria la personal negación. Negarse es lo contrario de afirmarse: hay que desaparecer, hay que anonadarse... para que Cristo surja.

La fe cristiana —y en consecuencia la antropología cristiana— está llena de contradicciones aparentes y muchas sólo en el Cielo llegaremos a comprenderlas. Hay que aceptar que no se entienden muchas realidades, hay que negar el desordenado afán de la propia inteligencia por “entender plenamente” a Dios y sus planes.

Tema básico de la doctrina de Juan Pablo II sobre la persona humana es la “función” del trabajo en la vida del hombre, pues *el hombre se expresa y se realiza mediante su actividad laboral* (*Centesimus Annus*, n. 6).

En el desarrollo de su labor profesional, el hombre se hace co-partícipe en la obra creadora de Dios. Sucede aquí algo similar a lo que ocurre con ese don maravilloso de la sexualidad. Mediante éste, el hombre se hace co-creador con Dios; con el trabajo, el hombre se hace co-dominador y co-transformador y co-poseedor del mundo todo.

### *Libertad en la obediencia*

Tanto respeto tiene Dios a la libertad del hombre que éste, si lo desea, puede subvertir esas inmensas capacidades con que el Creador le adorna. Entonces, en vez de servirle para *ser más*, le aniquilan. El hombre —gran misterio es éste— puede empeñarse en la autodestrucción de sí mismo y del mundo que le ha sido entregado. Sucede que *cuando el hombre desobedece a Dios y se niega a someterse a su potestad, entonces la naturaleza se le rebela y ya no le reconoce como señor, porque ha empañado en sí mismo la imagen divina* (*Sollicitudo rei socialis*, n. 30).

Una concepción del hombre que no responde a la deseada por Dios conduce necesariamente a *una concepción de la libertad humana que aparta de la obediencia de la verdad* (*Centesimus Annus*, n. 16). Entonces, *el contenido de la libertad se transforma en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna obligación de justicia* (*Centesimus Annus*, n. 16).

Dios respeta la libertad, porque forma parte de las “reglas de juego” de la vida. Tan grande es la esperanza de Dios en que el hombre, porque *le da la gana*, diga: *Jesús te amo*, que corre el riesgo de

que muchos equivoquen sus pasos. Gran misterio éste, que debe agradecerse, porque permite merecer el Cielo.

La grandeza y la miseria se presentan ante el hombre, para que elija entre una y otra. Evidentemente, el camino de la renuncia, del respeto de las leyes establecidas por el Creador es más costoso —siempre es más duro ascender que dejarse arrastrar ladera abajo—, pero es el único que conduce a la felicidad. Por eso el Papa insiste una y otra vez en estas dos cuestiones: sin lucha por respetar el orden correcto de la naturaleza —y entre otros aspectos, la sexualidad—, o sin esfuerzo por dominar el mundo —mediante el trabajo— tal como Dios quiere, el hombre se empeña en *ser menos*.

Cuando el hombre —la mujer—, cumple —a pesar de las dificultades— con su deber, encuentra a Cristo. Así lo ha escrito Juan Pablo II en la *Laborem exercens: El sudor y la fatiga que el trabajo necesariamente comporta en las actuales condiciones de la humanidad, ofrecen al cristiano, y a cada hombre, llamado al requerimiento de Cristo la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo vino a cumplir. Esta obra de salvación se lleva a cabo por medio del sufrimiento y de la muerte de Cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo por nosotros crucificado, el hombre colabora en cierta forma con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad, y se manifiesta como verdadero discípulo de Jesús, llevando a su vez la cruz, cada día, en la actividad a que es llamado a realizar (Laborem exercens, n. 27).*

El hombre, pues, no se agota en sí mismo, en su mera interioridad “vacía”. Abriéndose, el hombre encuentra la felicidad: las puertas de la felicidad se abren siempre hacia fuera y si uno pretende forzarlas hacia dentro, se empeña en la infelicidad.

El Centro del cristiano es Cristo, sólo en El encuentra el gozo. Al igual que sucede con el sueño y con la felicidad misma, el hombre se encuentra a sí mismo “cuando no se busca”. La persona se libera de esclavitudes, cuando se empeña en ser esclavo de los demás y, en modo muy particular, de Cristo: es decir, de los demás por Cristo. Así se entiende que el Papa sienta como obligación propia el anunciar la liberación *por obra del Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos, guiándolos con la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús (Dominum et vivificantem, n. 60).*

Contemplando esa labor exigente y grata de las criaturas está la primera *obra de Dios*, la Madre de Jesús, que sigue *engendrando* nuevas generaciones de cristianos.